

coincide en el fondo con la nuestra. El polimorfismo sexual es una manera de adaptación realizada con el fin de favorecer el acto de la propagación. Esto prueba, en los organismos, la presencia de una ley de variabilidad intrínseca; pero que en sus más prodigiosas manifestaciones se amolda á las diversas circunstancias externas, como lo ponen de relieve los ejemplos que el mismo sabio aduce en seguida:

«Darwin ha revelado, añade (1), el polimorfismo sexual bajo este nuevo aspecto. Hizo ver que las semillas, que han madurado en un mismo pié de primavera, pueden, una vez sembradas, producir plantas, cuyo aparato floral está conformado según dos tipos distintos. Unas veces las flores están caracterizadas por su estilo prolongado, por sus estigmas globulosos, por sus cortos estambres y por sus semillas poco abundantes; otras veces lo están por los estilos cortos, los estambres largos, los estigmas lisos, y por numerosas semillas. Estas particularidades, como estableceremos en otro lugar, favorecen los cruzamientos y la fecundidad.

«El Sr. Darwin reconoció el mismo polimorfismo en los linos, las mentas, los llantenes, la salicaria; este último vegetal, más notable todavía, ofrece en los piés que han nacido de una misma planta madre, hasta tres formas distintas en el aparato floral. El eminente naturalista puso fuera de duda la importancia de este polimorfismo con respecto á la fecundación.—El rico y extraño grupo de las Orchídeas realiza igualmente modificaciones polimorfas en los órganos florales.—El eminente y málogrado botánico Lindley, juzgando por indicaciones insuficientes, había tomado por géneros distintos dos ejemplares de *Catascum tridentatum*, cubiertos de flores diferentes. Señaló el error un naturalista de la Guayana inglesa, habiendo observado las flores de los dos pretendidos géneros, desarrolladas á la vez en las mismas ramas, donde eran perfectamente distintas.... Otras orchídeas, las *Cyenochas*, la *Vanda Lovii*, se comportan como el *Catascum tridentatum*».

Que estas maneras de polimorfismo obedecen á una simple adaptación, eso siquiera puede ponerse en duda, pues,

(1) *Id. ibid.* p. 8 y sig.

como haremos ver en otro lugar, no guardan una ley fija, sino que se presentan cuando la fecundación así lo exige en virtud de las circunstancias externas. Mas no podemos dispensarnos de aducir ahora mismo, en prueba de ello, una preciosa confección del mismo ilustre adversario.

«No nos costará trabajo establecer, escribe (1), que la disposición sexual del hermafroditismo es *inestable y relativa*. Podrían citarse numerosos vegetales en los cuales los sexos se hallan indistintamente, bien reunidos en una misma flor, bien separados, pero en un mismo pié, bien separados en piés diferentes; esta movilidad del aparato sexual deja á uno sorprendido al verla ya en los géneros de una misma familia, ya en las especies de un mismo género, ya en los individuos de una misma especie; el examen de la flor muestra con frecuencia esta realización de los diversos modos de la sexualidad: el espárrago es unas veces hermafrodita y otras dioico; las *Thymeleas* se hacen unisexuales por aborto; la espinaca tiene flores dioicas, á veces hermafroditas; los mismos hechos se advierten en las cucurbitáceas, en el maíz y en el pistacho lentisco. El más curioso ejemplo de cambio en la sexualidad nos lo acaba de ofrecer una planta dioica, la *Aucuba japonica*. Un pié hembra de esta planta, introducido en Europa en 1783, se puso en flor por primera vez en 1864; las semillas producidas fueron sembradas, y dieron origen á un vegetal cuyas flores resultaron ya todas hermafroditas, como si para obviar una esterilidad demasiado prolongada, hubiere la naturaleza *realizado una nueva adaptación* (2). Podrá interpretarse el fenómeno de diferente manera, pero el hecho existe y es indiscutible».

El fenómeno sí podrá interpretarse de cualquier manera, pero la interpretación legítima será siempre la que arranca espontáneamente de él, y se impone á los mismos que pretenden desecharla, obligándoles á reconocerla. Aquí es del todo evidente una *nueva adaptación*, y una adaptación no como quiera, sino tan repentina como extraordinaria, y que deja ver muy claro hasta dónde puede llegar la flexibilidad ó

(1) *Obra cit.* p. 156.—(2) V. Ch. Lemaire, *Illustration horticole*, Enero y Mayo, 1867.

plasticidad de cualquier organismo, por muy consolidado que á primera vista se muestre. Pero llámese ó no adaptación, el hecho existe, y él solo habla más que todos los comentarios. ¡Una transformación espontánea y repentina de la organización dioica en la hermafrodita!... Eso no es una friolera; es todo cuanto pudiera desearse para minar por su base la *inmutabilidad* de eso que se llama especie, y establecer firmemente la teoría contraria.

—Mas el Sr. Faivre, que con tanta franqueza frecuentemente suelta prendas de tanto valor, muy pronto parece que procura recogerlas y vuelve á defender con más ahínco esa inmutabilidad que él mismo desvaneció. Dice, pues, que el polimorfismo sexual, como todas las otras maneras de polimorfismos denominados normales, se reproduce según regla fija, y que, por lo tanto, todas esas formas, por muy diversas que sean, son primitivas en la especie, caben dentro de la forma de la especie y componen el ciclo específico, en el cual, asegura, está la fijeza, por reproducirse siempre el mismo.

Ya hemos visto cuán poco fundamento tienen semejantes afirmaciones. Hemos visto que los ciclos no se reproducen siempre de la misma manera, que unas veces dejan de aparecer ciertas formas, y que en otras ocasiones aparecen formas nuevas ó se repiten las mismas, según que lo exijan las circunstancias eventuales, externas ó internas; hemos visto, y él mismo lo reconoce, que hay *nuevas adaptaciones*, y las formas que así resulten de seguro que no son primitivas; y hemos visto, por fin, que ninguna suerte de polimorfismo debe ser considerada como primitiva en los organismos, y que siempre proviene de alguna manera de adaptación ó de división del trabajo. Las afirmaciones de nuestro adversario, como absolutas que son, caen por tierra ante un solo hecho en contra; y vemos que no ya un hecho solo, sino todos juntos, concurren á desmentirlas. Los hechos son mutaciones incesantes, que prueban la mutabilidad y desmienten la fijeza. Demasiado da á conocer Faivre que ésta es insostenible y que aquélla no se puede impugnar con razones positivas, Así, cuando trata de defender su hipótesis y de impugnar la contraria, procura hablar poco y valerse sólo de razones indirectas. Cree que con hacer ver el escaso valor de algunas

explicaciones de Darwin, cae por tierra la teoría transformista. Y no advierte que una cosa es el transformismo y otra el darwinismo; nosotros somos transformistas decididos, y darwinistas ni lo somos ni podemos serlo. El darwinismo defiende transformaciones absolutamente imposibles, y atribuye á la selección un valor exagerado. Como sistema en gran parte apriorístico, tiene mucho de hipotético; por eso nunca puede ser plenamente confirmado en la realidad; antes con frecuencia resulta desmentido. Pero de que se pueda desmentir el darwinismo, no se sigue nada en contra del transformismo legítimo, que no pide otras transformaciones ó mutaciones, sino las que la realidad nos muestra ó nos pueda mostrar, ni atribuye á los factores de la mutabilidad otra importancia que la que ellos mismos revelan. Como sistema *a posteriori*, parte del hecho á la *potencia* y no de la *potencia* al hecho.

Existen transformaciones incesantes y notabilísimas; luego es legítimo el sistema que sobre esas transformaciones se funda, y falso el incompatible con ellas. Las transformaciones reales afectan á los caracteres tenidos por específicos y aun á otros más profundos; luego cae por su base el sistema que defiende la absoluta inmutabilidad de esas formas llamadas especies orgánicas, y resulta verdadero el que niega esa inmutabilidad, y admite la posibilidad de ciertas transformaciones. Hasta dónde lleguen éstas, si son ó no realizables en toda la escala animal, son cuestiones de detalle, cuya solución, acertada ó desacertada, por muy transcendental que sea, no influye para nada en la verdad fundamental del transformismo, en la realidad de ciertas transformaciones específicas. El transformismo que se amolde á esa realidad será legítimo, aun cuando no acertare á explicar el *cómo* de la evolución.

Así, pues, aunque Faivre logre mostrar que son vanas algunas y casi todas las explicaciones de Darwin, podrá desmentir el darwinismo, mas no el transformismo verdadero. Y sin embargo, con solo aducir algunas pruebas para hacer ver que la simple selección no basta para explicar ciertas maneras de transformaciones, se cree con derecho para concluir, no sólo contra el darwinismo, sino contra todo transformismo

posible, y para establecer, sin más fundamento, la teoría contraria. [Como si las transformaciones no explicables por la selección, se explicasen por la *fiজেতা*! Si la selección no basta para explicarlas, las explicará otra causa; y sea ésta la que fuere, el transformismo legítimo no vacila: que haya transformaciones, y eso solo le basta. Arguyendo como arguye, lejos de perjudicar Faivre el sistema que defendemos, se perjudica á sí mismo, incurriendo en lastimosas inconsecuencias. Citemos un ejemplo entre muchos. Trata de patentizar que la selección no puede explicar los órganos fosforescentes, porque en la aparición de ellos habría entonces cierta gradación; y porque los animales que los presentaran deberían mostrarse emparentados. «La realidad, dice (1), no justifica estas consecuencias lógicas de la hipótesis. No se han demostrado las modificaciones intermedias, ni en los órganos fosforescentes, ni en las células esféricas con sustancias granuladas que los constituyen. Los órganos fosforescentes se encuentran, por otra parte, en seres en gran manera distintos; en los lampíridos y los elatéridos, para citar sólo dos grupos desemejantes de insectos; además no son constantes. Bajo el clima de París son fosforescentes las hembras solas; en las luciérnagas de Italia y en ciertas especies de los países cálidos, comparten los machos y las hembras esa propiedad; la cual existe también en las larvas, aunque en *menor grado*».

De que no se hayan demostrado esas modificaciones intermedias, no se sigue que no existan; y de que no existieran ahora, cuando la selección ha realizado ya su obra, no se seguía tampoco que no hubieran existido cuando la selección las iba acumulando. Y el hecho de existir en *menor grado en las larvas* nos hace suponer eso, y está en contradicción con lo que primeramente afirma nuestro adversario. Si esos órganos aparecen en grupos muy diversos, bien podría ser porque en unos y en otros los determinó una manera particular de selección, como determina también con cierta independencia la aparición de otros órganos. Si no son constantes, la selección no puede exigir perfecta constancia; quien la exige es la *fiজেতা*. Pero aun cuando la selección no pueda explicar estos

(1) *Obra cit.* p. 15.

hechos, ¿qué nos importa? El transformismo, lo que necesita son mutaciones, y éstas se las ofrece la *inconstancia* misma. Ésta, por otra parte, desmiente la regularidad del polimorfismo sexual que defiende el Sr. Faivre, y le desmiente á él mismo, cuando afirmaba que el mencionado aparato era exclusivo de las hembras, y estaba destinado para atraer á los machos. Sin embargo, prosigue: «¿Cómo se puede explicar que en los mismos seres esos aparatos hayan podido ser útiles unas veces al macho, otras á la hembra, otras á los dos juntos? ¿Por qué existen en las larvas? Y por otra parte, ¿en qué consiste que sean útiles en estos insectos más bien que en las especies afines que, sin embargo, carecen de ellos? He aquí otras tantas objeciones á las cuales la teoría *selectiva* no puede responder sino por conjeturas».

Y ¿qué falta la hace, para el caso, responden de otra manera? Puesto que esos seres *adoptan* dichos aparatos, ó los *dejan de adoptar* según las circunstancias externas, claro está que deben hacer eso porque de ello reportan alguna ventaja que no dejará de ser tal, porque de nosotros sea desconocida. Pero demos que no haya ventaja ninguna, demos que la selección no pueda explicar de ninguna manera esas *adaptaciones ó mutaciones* diversas; no por eso tiene Faivre el menor derecho para concluir de ahí, como realmente concluye diciendo: «Hemos querido indicar, con ciertos rasgos, la insuficiencia de la *doctrina de la mutabilidad* para explicar, sin recurrir á suposiciones poco verosímiles, los hechos del polimorfismo normal».—Esta cuestión no se resuelve ni se debe proponer de esa manera; la cuestión es ésta: El polimorfismo, tanto normal como anormal, las continuas y profundas *mutaciones* que experimentan los seres de una misma especie, ¿abogan por la *mutabilidad* ó abogan por la *fiজেতা*? ¿Y en cuál de las dos teorías contradictorias se podrán explicar mejor?—Propuesta así la cuestión con lealtad y claridad, no necesita explicaciones ni aun soluciones: ella misma se explica muy bien, y el sentido común se encarga de resolverla.

§ VII. Polimorfismo individual.—Su importancia.—Las divergencias individuales originan la desmembración de los tipos.

Grandes son las variaciones que hasta aquí dejamos expuestas; pero existen otras más numerosas, más visibles, y que van de una manera mucho más directa que aquéllas contra cualquier idea que uno pretenda forjarse de la fijeza ó inmutabilidad en la especie.

Si en ésta no hubiera más desemejanzas que las ordinarias entre los individuos de distinto sexo que están encargados de perpetuarla, y las que cada uno de esos individuos va presentando en las sucesivas fases de su desarrollo, todavía fuera disculpable admitir cierta fijeza en un sentido muy lato, en cuanto que todas esas formas se fueran sucediendo ó reproduciendo de una manera *más ó menos* regular, *más ó menos* fija y constante. Entonces la fijeza absoluta de una misma forma, había que sustituirla por una fijeza amplia ó relativa de las dos series de formas evolutivas, la masculina y la femenina, que juntas integran el ciclo específico. Entonces nuestros adversarios, abroquelándose en la constante repetición de los ciclos, por más que éstos no convergen en una misma forma, sino que, después de recorrer tantas y tan diversas, terminan por fin en las dos sexuadas distintas; y pasando por alto los otros ciclos parciales que terminan en formas neutras, proviniendo de los que acaban en las fecundas, y aun la imperfecta regularidad que en todas esas sucesiones de formas y de ciclos se observa; no dudarían, como realmente no dudan, en bautizar con el nombre de *fijeza esa inconstante* constancia, que no es más que la *constancia ordinaria* de la misma *mutabilidad*, de las mismas *sucesiones* en las formas específicas.

Pero ni aun este consuelo les queda. Aparte de esos tan notables polimorfismos, el de evolución y el sexual, que

tan mal se avienen con la inmutabilidad de los tipos específicos, existe, en las mismas circunstancias que suelen llamarse normales, otro polimorfismo aun más complejo, de todo punto incompatible con ninguna idea de la constancia de las formas. Ese polimorfismo es el que Faivre llama *hereditario*, y que mejor se denominaría *individual*, en virtud del cual cada individuo tiene su propia librea, según que herede ó deje de heredar éstos ó los otros caracteres de sus antepasados mediatos ó inmediatos, y según los nuevos que él mismo adquiriera. Por muchos que sean los individuos de una misma especie, jamás se hallaron ni se hallarán dos idénticos ó del todo semejantes: cada cual tiene su forma especial que le distingue de los otros. Las formas orgánicas no son como las geométricas, capaces de una semejanza absoluta; cuantos sean los individuos orgánicos, otras tantas serán las fisionomías. Así, lejos de ser la especie una reunión de individuos semejantes, encierra tantas desemejanzas cuantos individuos comprenda, ó pueda comprender. Y cuidado que esas desemejanzas, aun cuando se reproduzcan en las circunstancias normales, no pueden llamarse superficiales ó pasajeras; pueden afectar, y de hecho afectan no pocas veces, á los caracteres más íntimos (1); y lejos de desaparecer

(1) *Las diferencias individuales, escribe Darwin (*Ob. cit.* p. 47), afectan ordinariamente á ciertas partes que los naturalistas consideran como poco importantes; yo podría, sin embargo, probar con numerosos ejemplos, que ciertas partes importantísimas, ya desde el punto de vista fisiológico, ya desde el de la clasificación, varían á veces en individuos pertenecientes á una misma especie. Estoy convencido de que aun el más experimentado naturalista quedaría sorprendido del número de casos de variabilidad relativos á órganos importantes; puede uno fácilmente darse cuenta de este hecho, recogiendo, como hice yo durante muchos años, todos los casos comprobados por autoridades competentes. Bueno es recordar que los naturalistas de sistema tienen repugnancia á admitir que los caracteres importantes pueden variar... Nadie hubiera podido suponer que la ramificación de los principales nervios, cerca del gran ganglio central de un insecto, iba á ser variable en una misma especie; sólo se hubiera podido pensar á lo sumo que los cambios de esta naturaleza no podían efectuarse sino de una manera muy lenta; sin embargo, sir John Lubbock ha demostrado que en los nervios del *Coccus* existe un grado de variabilidad que casi puede compararse con la ramificación irregular del tronco de un árbol. Puedo añadir que este mismo naturalista ha demostrado que los músculos de las larvas de ciertos insectos distan mucho de ser uniformes.*

con el primer individuo que las presenta, logran en algunos casos perpetuarse indefinidamente, dando origen á razas tan estables y tan bien deslindadas como las mejores especies (1).

En las formas orgánicas todo es, pues, diversidad, y la diversidad es el fruto espontáneo de la variabilidad innata. Nuestros mismos adversarios reconocen todo esto de alguna manera; y sus confesiones, aunque algún tanto disimuladas, no pueden menos de producir la más íntima convicción de la mutabilidad de la especie, en cualquier persona que mire la cuestión con un ánimo imparcial.

«En cuanto al hecho de la *diversidad nativa de los tipos*, escribe Faivre (2), las pruebas no escasean.—Los descendientes de una misma familia, los hijuelos de una misma camada, los productos de un mismo pié madre, *se diferencian singularmente por las formas, la talla, la conformación, la fisionomía, los temperamentos, las aptitudes*; y estas diferencias aparecen aún en el caso de que las condiciones exteriores, las influencias del medio no se hallan modificadas lo más mínimo ni en los padres ni en sus productos.—Cada individuo tiene su *idiosincrasia*, para servirnos de una expresión consagrada en las ciencias médicas. Al arte y á la sagacidad de los criadores toca saber distinguir y apreciar esas *diversidades nativas*, sobre las cuales logrará la selección ejercitarse de una manera ventajosa; las desarrollará, llegará á fijarlas y de ellas hará el punto de partida de razas útiles á la industria... Así es, en efecto, como la *desemejanza entre los padres y sus productos puede á veces llegar á ser tan profunda*, que en más de un caso *en vano se buscaría en esos rasgos exteriores la huella de un origen común*, si por la experiencia no tuviéramos certeza de él. Este *polimorfismo individual* puede explicarlo la herencia.—En efecto, cada producto está determinado y se desarrolla bajo la influencia de condiciones múltiples, directas é indirectas, de parentescos, de influencias que la herencia asocia y pone en juego; ella imprime en diversos grados, en cada uno de los descendientes de una familia, los caracteres de los padres inmediatos,

(1) V. M. Duval, *Le Darwinisme*, (Paris, 1886) p. 8, y sobre todo, p. 259 y sigs.; Laugel, *Ing. cit.*—(2) *Obra cit.* p. 10.

de los ascendientes, de los allegados, de los colaterales; reflejando en cada cual, con una variedad infinita, los rasgos físicos y morales, los temperamentos, las aptitudes, los caracteres, los sexos, las edades, las circunstancias de la procreación, y hasta los estados anormales y enfermizos».

Ante estas confesiones tan terminantes, están de más los comentarios. Sin embargo, Faivre las comenta brevemente, diciendo que de esa manera el poder hereditario manifiesta la solidaridad de una familia, y, por lo mismo, de la especie, marcándola, aun en los detalles, con un sello particular. A pesar de la brevedad, no acertó aquí tampoco á librarse de una contradicción. ¿Dónde está esa marca, ese sello, cuando *en vano se busca la huella de un origen común*, cuando está tan bien probada la *diversidad nativa de los tipos*?

El sentido común no hablará aquí de esa manera, sino como habla cualquier transformista convencido, como habla á este propósito el P. Leroy (1): «Si el sér viviente se reprodujera siempre idéntico consigo mismo, bien pudiera creerse en una suerte de invariabilidad contenida entre ciertos límites; mas por dicha ó por desgracia no es así; jamás hay dos productos idénticos y perfectamente semejantes á sus progenitores. Aun más; si las variaciones se redujesen á ciertos detalles insignificantes, se podría no ver en ellas más que accidentes sin consecuencia, destinados sólo á diferenciar los individuos; pero la misma variabilidad que produce los diversos individuos, llega hasta á dar origen á razas perfectamente caracterizadas y además sólidamente establecidas y resistentes.—He aquí un hecho capital, la existencia de las razas naturales y salvajes; y su persistencia, que compite con la de las especies más legítimas, aun en medio de cambios notables en las condiciones de existencia. Este es un hecho tan manifiesto, que los más declarados adversarios de la evolución, tales como los señores de Quatrefages, E. Blanchard, Agassiz y el mismo Godrón, se ven forzados á reconocerlo».

Esa formación de razas, en el seno de las especies, tan

(1) *L'Évol. restr.* p. 75.

bien caracterizadas y tan persistente como las especies mismas, á pesar de que provienen de un simple polimorfismo individual, nos dice bien claro en qué consiste una especie, cuál sea su manera de formación, cuán grande es su mutabilidad, y cuán aparente su constancia. Las continuas desmembraciones de los tipos específicos, en otros tipos tan característicos como ellos, que á su vez se van desmembrando sucesivamente en otros nuevos subtipos, nos atestiguan que todo es inestabilidad en las formas orgánicas, todo divergencias profundas, que empiezan con el polimorfismo individual, para concluir por la más completa desmembración de las formas orgánicas (1). Éstas no se caracterizan por una fijeza ó estabilidad absoluta, puesto que de continuo varían y de continuo se desmiembran. Esa fijeza es sólo aparente ó relativa; es una consecuencia de la misma mutabilidad esencial, la cual entraña consigo ciertos estados de equilibrio más ó menos estables; y según sea el *grado* de estabilidad aparente, así se determinan las diversas maneras de tipos, que llamamos géneros, especies, razas ó sub-razas.

Como á su tiempo veremos, las sub-razas no son más que una desmembración de las razas, las razas una desmembra-

(1) V. Roule, *L'Embryol. gén.* p. 286.—“La especie, confiesa el mismo Quatrefages (*Darwin et ses préce.* p. 192), puede comprender un número indefinido de razas. Cualquier exageración, cualquier reducción, cualquier modificación suficientemente marcada de uno ó de varios caracteres normales, constituyen en efecto una variedad, y toda variedad puede dar origen á una raza. Además, cada raza nacida directamente de la especie puede á su vez experimentar nuevas modificaciones que se transmitan por generación. Entonces se *transforma*; se origina una nueva serie distinta de la primera por ciertos caracteres, y que merece con el mismo título el nombre de raza. Así se forman las razas secundarias, terciarias, etc., todas pertenecientes, por otra parte, á la especie de que se desprendió la raza primaria, y remontándose á la variedad que sirvió de punto de partida. Se puede figurar á la especie, cuyo primer tipo no haya variado, como uno de esos vegetales cuyo tallo es continuo y no presenta ninguna rama; y á las especies que encierran razas más ó menos numerosas, como un árbol cuyas ramas primitivas se subdividen en ramas secundarias, en ramos, en ramitas más ó menos múltiples.”

Por aquí se verá claro la falta de razón con que el ilustre naturalista pretendía un poco antes establecer una diferencia entre la raza y la especie, diciendo: “La noción de semejanza, muy empujuechada en la especie, adquiere en la raza una importancia absoluta.”

ción de las especies, las especies una desmembración de los géneros, y los mismos géneros son á su vez producto de la desmembración de otros tipos superiores, más estables, por lo mismo que son más antiguos.—Y esas continuas desmembraciones de tipos no son más que consecuencias necesarias de la variabilidad innata á todo organismo, de esa variabilidad que se revela de una manera tan profunda, pero con suficiente regularidad, en el *polimorfismo de evolución*, menos profunda, pero también menos regular, en el *polimorfismo sexual*, y de una manera de ordinario mucho más superficial, pero en cambio casi completamente arbitraria (pues en cada caso viene á ser distinta), en el *polimorfismo individual*.—Este polimorfismo individual, por lo mismo que es el más arbitrario, aunque de suyo suele ser el menos considerable, es precisamente el que mejor logra acentuar la diferenciación, acumular las divergencias y determinar, por fin, la desmembración de los tipos.

ARTICULO TERCERO

POLIMORFISMO ANORMAL

§ I. Alcance de las variaciones.—Diversos grados de plasticidad.—La acción del medio.—La intervención del hombre.—Modificaciones espontáneas.—Testimonios de adversarios.

Acabamos de ver los resultados del polimorfismo denominado *normal*. Él nos muestra claramente esa variabilidad íntima de todo organismo, así en lo más profundo como en lo más superficial, que obra incesantemente, y que, aun en los casos en que aparenta mejor equilibrada, no deja de producir sorprendentes manifestaciones. La variación acompaña